



# BILBAINOS CON DIPTONGO

*Guía imprescindible  
para ser de Bilbao*

Jon Uriarte Lauzirika

---

Selección de artículos  
publicados en EL CORREO

---



**Jon Uriarte Lauzirika** nació en la Clínica Abando de Alameda Rekalde el sábado 5 de marzo de 1966, a la una de la tarde. Hora perfecta para un aperitivo *txirene*. Todo tiene un origen. Pasó 11 años y un día entre los muros del Colegio Jesuítas, pero no lograron su reinserción en la sociedad. Como toda persona en Bizkaia, salvo quienes han sufrido un trastorno o golpe en la cabeza de pequeños, es del Athletic Club, del que es socio desde hace 32 Ligas. Antes no había sitio.

Lleva 28 años largos trabajando, entre otras cosas, como presentador, locutor y guionista de radio y televisión. Desde 2004 vive en el extrarradio de Bilbao, a la altura de Madrid, para ganarse las alubias. En mayo de 2010 comenzó a escribir, todos los lunes y en el periódico *El Correo*, la columna «Bilbainos con diptongo». A esta se sumaron después, «Pródigos de San Mamés» (los jueves) y «El Píscolabis» (los sábados en edición digital).

Este es su segundo libro. En 2011 publicó, junto al también bilbaino con fuste, el ilustrador Tomás Ondarra, *De Bilbao de toda la vida*. Una recopilación de láminas y textos que recorren la sin par intrahistoria de nuestra Villa. Está casado y parece que va a seguir así de momento. Si quieren dar con él, pregunten a cualquier camarero.

---

# BILBAINOS CON DIPTONGO

*Guía imprescindible  
para ser de Bilbao*

Jon Uriarte Lauzirika



**Edición:** noviembre, 2013

© **Jon Uriarte Lauzirika**

© **NAROA dreams**  
**NarOA dreams factory, S.L.**  
[www.naroadreams.com](http://www.naroadreams.com)  
[hola@naroadreams.com](mailto:hola@naroadreams.com)

© **Ilustraciones:** Tomás Ondarra Galarza

© **Fotografía de cubierta:** Lucho Rengifo

© **Dirección de arte y diseño:**  
Canaldirecto  
[www.canal-directo.com](http://www.canal-directo.com)

**Impreso por:** GRAFILUR

**ISBN:** 84-616-7070-1

**Depósito legal:** BI-1614-2013

Queda prohibida, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

**Hecho con ♥ desde Bilbao para Bilbao, es decir, para todo el mundo.**

# Cómo descubrir a alguien de Bilbao

---

*No le digan 'a que no hay huevos para...'  
Dirá que sí y pensará después.*

---

 29 de noviembre de 2010

Para alguien de Bilbao hay tres cosas sagradas. El Athletic, la cuadrilla y la *amatxu* de Begoña. Incluidos quienes aborrecen el fútbol o son ateos. En cuanto a idiomas, puede entenderse, de una acera a otra, con pocas y reducidas palabras. Arrancará con un «¿Qué?» y le responderán con un «¡Benol!» Siempre es el primero en llegar y el último en marchar. Sea en el trabajo o en una fiesta. Para alguien de Bilbao lo importante, más que la firma, es la palabra. Garabatear es fácil. Mantener promesas o acuerdos es lo difícil. Una advertencia: no le digan «a que no hay huevos para...». Dirá que sí, y pensará después. Y luego está lo gastronómico.

Elegirá siempre barra, antes que mesa. Se trata de potear, no de montar asentamientos. Siendo de naturaleza nómada, conocerá los mejores sitios en cuestión de días. A veces, horas. Nunca pedirá un cubata o gin-tonic sin más. Que se prepare el camarero. Vaso ancho, a poder ser tipo sidra, con buen hielo, corteza, que no rodaja, y el justo alcohol. El asunto es beber, no cocerse como un guiri en un chiringuito. Si no lo ve claro, entrará en la barra y se lo servirá directamente. Tras escuchar que hay tinto de la casa, mirará con condescendencia y pedirá la carta de vinos. Elegirá una mesa grande. Que haya espacio para el picoteo previo al plato serio. Probará y comerá de todo pero sabiendo que, siendo de Bilbao, siempre irá a peor. Perforará con su mirada a quien le intente cobrar por adelantado, o nada más ser servido, fiel a la máxima de «tú saca que ya pagaremos». De hecho, nunca pone problemas para pagar. Es de cartera rápida. Aunque se quede a

dos velas lo que resta de mes. Para alguien de Bilbao el dinero es superfluo. De ahí que se pierda en las cantidades pequeñas. Prefiere jugar a los Euro-millones antes que a la Primitiva. Un premio menor de 15 millones de euros no compensa.

Lleva paraguas caros y elegantes que siempre olvida o pierde. A veces lo sustituye por uno pequeño que saca, aunque haga sol, por si las nubes. En cuanto al aspecto, ella vestirá como si fuera a salir en el *Hola* y él impecable y con muda limpia. No hay madre en la Villa que no le diga al hijo aquello de «ponte los calzoncillos nuevos por si tienes un accidente». Si viaja, lo comparará todo con el *Botxo*. La Estatua de la Libertad y el Empire State con el Sagrado Corazón y la Torre de Iberdrola. O la Muralla China y el Everest con San Juan de Gaztelugatxe y el Pagasarri. Si vive fuera, al llamar a casa preguntará, lo primero de todo, qué tiempo hace.

Hablemos ahora de sexo. La bilbaina, ante un acercamiento excesivo, no mira. Sospecha. Son demasiados años aguantando torpes en Pozas o el *kasko*. De ahí que su rictus sea mitad a la defensiva mitad expectante. El hombre por su parte, si es abordado sin más, también sospechará. Pero por falta de costumbre. Conozco bilbainos que, ante una propuesta sexual, han salido por patas pensando que es un truco para dormirles y quitarles un riñón. Dicen que también es fácil descubrir a uno de Bilbao en un puticlub. Es el único que, si le preguntas que hace allí, te dirá que está ligando. Ni ellos ni ellas se caracterizan por mostrar cariño públicamente. De ahí que un «te quiero» de alguien del *Botxo* equivalga a cien «te quiero» foráneos. En cuanto a risas, sabe reírse con los demás y de sí mismo. Y para terminar, una advertencia. Alguien de Bilbao siempre evitará a la gente sacarina. Esa que es tan dulce como falsa. La que te invita a su casa, pero no te dice dónde está o te abraza mirando al tendido. Porque, si una bilbaina te invita a casa o un bilbaino te abraza, lo hacen de corazón y para siempre. Las cosas como son. Ahí queda eso.



Este artículo recorrió el mundo a través de Internet. Llegó a ser publicado en un diario de Idaho, EEUU, y en un periódico digital de Nueva Zelanda. Nunca supe quién se encargó de traducirlo.



# El decálogo del 'txikitero'

---

*El 'txikitero' opinará de cualquier tema aunque no tenga ni idea, algo muy de Bilbao, pero jamás sobre intimidades.*

---

 11 de octubre de 2010

No son raza ni especie. Pero son nuestros y están en vías de extinción: los *txikiteros*. Dícese de ese grupo de personas que, en cierto rincón de la vieja Europa, recorren bares y tabernas de vino en vino. Hoy, como cada 11 de octubre, tienen una cita con la *amatxu* de Begoña. Hay dos ramas. Los que cantan siempre y los que cantan a veces. Los primeros han pasado al imaginario compartido. Los segundos pasean aún por nuestras calles. Y ambos, conforman un mundo de claroscuros. Hablemos pues, de lo bueno y de lo malo. Para empezar, el *txikitero* solo bebe vino. Lo que le diferencia de ese otro grupo llamado cuadrilla. Nunca come. Aunque le inviten. Eso sí, beber, bebe. Pero como sin ganas. No se le verá emocionado ante un vino. Es una excusa para hacer senderismo tabernero. Por eso exigen que sea el de poteo. Reservas, jamás. Los puristas rechazan hasta el cosechero. En cuanto al vaso, ya casi ha desaparecido el creado *ad hoc*. El Jennifer López de los vasos. Un hermoso culo que dejaba un escueto espacio para el vino. El justo y necesario por otro lado. Nunca fue el *txikitero* amigo de tragos largos. Sino de uno corto y solitario. El adecuado para poner punto y aparte y cambiar de parroquia.

Hablemos ahora de sus componentes. En un grupo clásico, de cuatro a ocho. Pero no hay norma escrita, ni ley sagrada. Y si entrar no es fácil, salir es más difícil. La «ley txikitera» dice que, el que se incorpora, paga. Y luego se sigue la ronda. Las tertulias tratarán sobre el *Botxo*, el pueblo de turno, la gastronomía, el tiempo o el Athletic. Prohibidas, política y religión. Los chistes, sobre todo los verdes, en voz baja. Las carcajadas, altas y abiertas.

Y los cánticos, cerrados. Puedes reír con ellos, pero no les chafes el tono. El *txikitero* opinará de cualquier tema aunque no tenga ni idea, algo muy de Bilbao, pero jamás sobre intimidades. Se han dado casos de *txikiteros* que cincuenta años después desconocen el estado civil del resto. Discreción ante todo. Acudirán siempre solos, tengan o no pareja. Algunos, son grupos de chicos viejos. Conocí uno al que llamaban «El tren de la esperanza». Cada cierto tiempo perdía un vagón que había encontrado estación. El resto, seguía su recorrido diario a la espera de posibles paradas.

En cuanto a dosis y horarios, tenemos dos grupos. De Primera y de Champions. Llamaremos de Primera a los que quedan a eso de las siete y se retiran hacia las diez. Total de potes: de 25 a 30. Y luego están los de Champions. Que salen, además, durante lo que llaman medio día. Periodo comprendido entre la una y las tres. Total, sumadas ambas salidas: de 40 a 50 potes. Pero se han dado casos de entre 70 y 80 al día. O más. Lo que nos lleva a uno de los puntos oscuros. Alcoholismo, enfermedades y muerte por exceso de combustible. Son muchas las familias que lo han sufrido. De ahí que la imagen del *txikitero* a más de uno y, sobre todo, de una le produzca inquietud y tristeza, cuando no disgusto o enfado. Por fortuna, hoy en día llevan usos y ritmos más suaves. Algo que agradecerán también sus bolsillos. Podrá subir un euro el café o cinco el cubata. Pero que a nadie se le ocurra subir un céntimo el pote. Si en vez de sindicatos se sentaran en la mesa los *txikiteros*, patronal y gobierno sudarían la gota gorda.

Vivimos la era de lo políticamente correcto. Todo debe tener lógica y sentido. Quizá deba ser así. Pero quienes pertenecemos a la generación que cambió usos y costumbres, cortando al hacerlo cordones umbilicales ancestrales, les debemos un gesto cómplice. O, al menos, un respeto. No en vano, estamos hablando de nuestros *txikiteros*. Bilbainos con solera y diptongo. Paisanos de pro que llevan con orgullo, entre la ría y el cielo, la banda sonora de nuestra Villa.



El 11 de octubre celebran el «Txikitero Eguna». Durante esa jornada, pasean por las siete calles sus bilbainadas, y hacen una ofrenda a la Virgen en la esquina de la Calle Santa María con Pelota. Único lugar de todo el Casco Viejo desde donde se ve la Basílica de Begoña.



# Manuel y la Catedral

---

*José educó a sus hijos con pocos libros pero con buenos principios. Manuel heredó de él los ojos azules y la suerte negra.*

---

 31 de mayo de 2010

Noté que miraba el periódico por encima de mi hombro y me extrañó. —*Yo también soy del Athletic*— respondió con sus ojos clavados en las páginas de *El Correo*. Y me contó su historia. La de Manuel. Nacido en un olvidado pueblo de Extremadura, hijo de una buena mujer y de un hombre sin suerte. Tres hermanos. Uno en Francia, otra en Barcelona y él en Madrid. Emigrantes de maleta vacía. Cuatro cosas y muchos sentimientos. Entre ellos, el Athletic.

Todo comenzó cuando el padre, siendo niño, trabajaba en una taberna de Madrid de variada clientela. Artistas, empresarios, vividores, turistas... y aficionados al fútbol. Como aquél día. Se jugaba la final de la Copa y no daban abasto. Así que le pusieron a recoger vasos. No era fácil. Un par de veces se le cayó la bandeja al suelo. Al tercer amago, el jefe le montó una bronca de órdago. Fueron tales los gritos, que un grupo de clientes decidió mediar. Calmaron al dueño, a base de pedir más vino y comida, y sentaron al crío en su mesa. Le pusieron una bufanda, le llenaron los bolsillos de insignias y le dieron el dinero equivalente al sueldo de un mes. Y le respetaron. Aquellos hombres eran aficionados del Athletic. Desde aquél día, él también.

José, que así se llamaba, educó a sus hijos con pocos libros pero con buenos principios. Manuel heredó de él los ojos azules y la suerte negra. Por eso, cuando abrió un negocio, allá por los 70, le duró un suspiro. No volvió a intentarlo. Y siguió de camarero. Dos hijos y una mujer que valía un mundo. Sin un día libre. Sin tiempo para perder el tiempo. Cuando por

primera vez tuvieron vacaciones, se fueron a ver el mar. A Valencia. A casa de un cuñado con posibles. Pero nunca pudo cumplir su sueño. Viajar a Bilbao. A San Mamés. El año que viene, cuando la niña sea mayor, cuando el chaval apruebe todo. Y lo fueron dejando. Hasta ese día. Cuando vio en el periódico el inicio del adiós a la Catedral. —*En septiembre me cojo a la familia y me voy a verla*—. Esta vez sí Manuel. Y me preguntó por ella. Yo le hablé de su arco, de su césped y de su gente.

No recuerdo la primera vez que fui, como no recuerdo el primer día que hablé. Quizá porque ambas cosas las hice a la vez. Le expliqué que tu asiento es sagrado. Que no hace falta saber el nombre del vecino para abrazarle en cada gol. Y le conté instantes. Como las lágrimas de orgullo en la final de la UEFA, el gol de Liceranzu que nos dio la Liga, Goiko saliendo a hombros frente al Lech Poznan, el odiado Juanito ovacionado tras un partido memorable. Las veces que corrimos por la banda con Rojo, Argote y compañía. La tarde en que Sarabia regateó a medio equipo canario y le aplaudieron hasta los contrarios. El gol de Etxebe que nos metió en la Champions. La noche del Newcastle. Las paradas de Zubi ante Inglaterra. El «no hay billetes» en un partido del Athletic femenino. Los Maradonas y Ronaldos, Keegans y Zidanes, Laudrups y Raules que nos conocieron y envidiaron. A veces vencieron. Casi siempre les ganamos. Por goles o por pasión. Como la noche ante el Sevilla. Por eso dicen que San Mamés es único. Te da la vida y te la quita. Y todo, en noventa minutos. Por eso quiere Manuel ir a verla. Porque la Catedral tiene peregrinos en todas partes. Gentes que, sin estar, estuvieron. Fieles que forman parte de esa cadena humana que se inició el 26 de mayo y que es eterna. Podría dar la vuelta al mundo, al infinito y más allá. Porque hay cosas que son tan grandes como un abrazo, una lágrima o una sonrisa. Por eso da igual dónde la pongan. La Catedral seguirá siempre en el mismo sitio. En el corazón y en la memoria. Entre las pocas cosas de la vida, que de verdad merecen la pena.



.....  
**El día de su publicación García Macua, Presidente entonces, me pidió que trasladara a Manuel la invitación a que acudiera al palco. También lo hizo después Urrutia. Fui a contárselo y me dijeron que se había jubilado y que había cumplido su promesa. Visitar la Catedral. Pero lo hizo sin decírselo a nadie. Y algo me dice que hará lo mismo con el nuevo San Mamés. Que es el mismo, girado 90° y con traje nuevo.**

# La promesa

*El Athletic es una referencia.*

*La demostración de que en casa todo sigue igual. Que aún queda algo intacto entre aquello que dejamos atrás*

📅 24 de abril de 2009

Hace un cuarto de siglo prometí que jamás volvería a aquel cementerio. Pero en esa promesa había algo más. Una excepción. Una cuestión de familia. Y en ella tiene mucho que ver el Athletic. Porque es uno de los nuestros. Es «de casa». Y así lo recuerdo.

Un chaval de Sodupe llamado Dani firmó su primer contrato en el restaurante de la familia. En los 70, Uriarte, los Rojo, Churruca y compañía compartieron en él, noches de mesa y mantel. Iribar, el «Txopo», amigo de la casa, sufrió, para mi sonrojo, las encendidas broncas de la abuela María cada vez que encajaba un gol. En los 80 preparamos los bocadillos que llevó aquél equipo campeón en sus viajes hacia la gloria. Y así, hasta hoy. Distintos lugares y diferentes motivos, pero siempre con el Athletic. Para entender la esencia de esta relación, basta con recordar por qué mi hermano y yo somos socios. Siempre que puedo lo cuento, porque tiene su miga. Tras negarnos durante años esa posibilidad,

nuestra madre nos sorprendió con los deseados carnets un buen día de 1981. Interrogada *ama* sobre el cambio de opinión, confesó sin tapujos su preocupación de que el tiempo, el trabajo o, incluso, nuestras parejas pudieran distanciarnos. Y que de esa manera, al menos cada quince días, los hermanos nos veríamos en San Mamés y la familia permanecería unida. Ración doble de matriarcado en estado puro.

Tenía razón. El trabajo y los caprichos del destino apenas nos permiten coincidir más allá de media docena de fechas al año. De hecho, es mi hermana quien ocupa mi asiento y me hace «perdidas» al móvil cada vez que metemos un gol. Sonidos que provocan que, en el viejo Foro, se sorprendan con los gritos, triunfales y fuera de sitio, de un bilbaino «forofogoitia». Pero hay más. El Athletic es la excusa para realizar, al menos, una llamada semanal. Hablar de la alineación o el partido es el preludeo de un qué tal estáis, qué hay de tu problema o cuando quedamos. Cosas de casa. Por eso nuestro equipo significa mucho más que lo que se le supone a un club de fútbol, por muy centenario que sea. Para los que vivimos en el extrarradio del mapamundi de Bilbao, en mi caso a 380 kilómetros, el Athletic es una referencia. La demostración de que en casa todo sigue igual. Que aún queda algo intacto entre aquello que dejamos atrás. El mejor antídoto contra el síndrome de Ulises. Una ciudad, un pueblo y una familia unidos tras un escudo. En mi vida, apenas he llorado un puñado de veces. Y de verdad, aun menos. Por eso me sorprende cada vez que una lágrima delatora se me escapa delante del televisor, al ver y escuchar el impresionante rugido de la «La Catedral».

El Athletic es de todos y de nadie. Tan singular en filosofía como plural en seguidores. Tan respetado como incomprendido. Hay equipos que hacen historia, el Athletic hace leyenda. Somos la última prueba de que, alguna vez, el fútbol fue un deporte romántico. Y todo, porque un día indeterminado, en un acuerdo no escrito, decidimos seguir un peculiar camino. Donde otros veían el final nosotros veíamos principios. Elegimos ser David cuando todos querían ser Goliat. A la utopía con la épica, pasando por Bilbao. En eso estábamos y aún estamos. Un acuerdo de caballeros que se mantiene, pese a todo, entre millones de aficionados alejados en lo geográfico, lo político, lo cultural o lo social. Aquel día incierto, elegimos vencer menos pero ganar más. Y entendimos que el Athletic es una cuestión de familia. Por eso, hace veinticinco años, prometí que no volvería a cierto cementerio, salvo por un motivo. Fue un día de todos los Santos y aquél lugar me pare-

ció la apología de la tristeza vestida de luto. Un mercado de lamentos que nada tenía que ver con el objetivo de mi visita. Así que me fui para siempre, dejando en el aire una promesa. Que tan solo volvería por un motivo. Por aquello que nos unió y nos dio en el pasado alegrías e ilusiones. Por una liga o una copa del Athletic. Para celebrar con los míos que volvía el campeón. Ha pasado un cuarto de siglo. Casi una vida. Muchos no lo han vivido y otros lo revivimos con nostalgia. Pero ha llegado el momento. Este año la Copa será nuestra.

Tras conseguirla, pasados unos días, regresaré a aquél cementerio, acompañado de parientes y amigos. Y nos situaremos, sonrientes, frente a la tumba de mi padre, de *aita*. El hombre que, en su último año de vida, sin saberlo nosotros, acordó con mi madre hacernos socios. Y cumpliré una vieja promesa. La de celebrar juntos el triunfo de una forma de ser y de sentir. La que nos ha hecho grandes y sobre todo, únicos. Ese día, en ese lugar y en familia, los que estamos y los que se fueron, cantaremos con orgullo el himno del Athletic.



**No pude cumplir la promesa tras jugar la Final Valencia. Tampoco después, al romperse el sueño en Madrid y en Bucarest. Pero la cumpliré algún día. Será tras la noche esperada. Y lo celebraré como pensé, dije y escribí. Porque las verdaderas promesas, son para siempre. Como otra que hice hace tiempo. La de intentar devolver a mi tierra parte de lo que me ha dado. Una forma de ser y de estar. Por eso, seguiré escribiendo, mientras pueda y me dejen, la increíble intrahistoria de este singular agujero y su entorno. Al fin y al cabo, es lo menos que debe hacer un verdadero «bilbaino con diptongo».**

Por cierto, este es el artículo que mencionaba al principio de este libro. Aquél que una mañana de abril entregué para que fuera publicado. Nunca imaginé que sería la puerta a la prensa escrita y que un día cerrara capítulo y libro. Hay que ver lo que ha dado de sí aquella promesa.

Dado que el mapamundi de Bilbao es infinito y que habrá muchos bilbainos y bilbainas lejos de su núcleo, dejo en esta solapa las direcciones de Facebook y Twitter para cualquier duda, petición o sugerencia. Además, seamos sinceros, no hay cosa más *txirene* que compartir historias del *Botxo*. Estaré encantado de recibir las, leerlas y abrirlas al mundo.

 **Bilbainos con diptongo**

 **@bilbainos**



**Han pasado más de cuarenta años** desde que aquél niño miraba a la cámara subido sobre un triciclo, en el Bilbao de finales de los sesenta. Tiempos de siderurgia, *txikiteros* y tabardos. Soy yo. Pero también es usted. En realidad somos todos. Nadie imaginaba entonces que moriríamos para volver a nacer. Era cuestión de tiempo que Bilbao cambiara y que las tres ruedas pasaran a ser dos. Pero que pertenecieran a una bicicleta turística, de una ciudad de servicios, era ciencia ficción. Y aun así aquí estamos.

Basta con pasar de la contraportada a la portada para comprobar lo que hemos cambiado. Con un detalle. Seguimos siendo lo que siempre fuimos. Nacimos en una tierra compleja, orgullosa de sí misma como pocas. Donde se adora a una baldosa, se mitifica un bollo y «amigo» es el nombre habitual de los perros. Bilbao y Bizkaia siempre fueron diferentes. Historias, leyendas y sucesos así lo demuestran. Y están ahí. Esperando ser recorridas de nuevo. Si son de aquí lo entenderán. Si no lo son, quizá nos comprendan.

Este libro es una selección de 85 artículos y algún añadido, de los más de 190 publicados hasta el momento en la columna «Bilbainos con diptongo» en *El Correo*. Pinceladas de aquello que sucedió o está pasando. Incluido lo que creímos borrado, pero permanece. La mejor metáfora es este triciclo. No solo es una vieja foto familiar. Existe. Lo he encontrado. A él y a sus oxidados hermanos. Alguien lo guardaba desde hace años. Y habrá que escribir sobre ello. Por eso, esto no es un punto final. Sino un puñado de puntos suspensivos. Al fin y al cabo, nunca se sabe lo que nos espera en la siguiente curva. Porque Bilbao es infinito. Mientras llega, sigamos pedaleando. Hasta que caiga la tarde. Hasta que el kiosco cierre. Como si volviéramos a ser niños. Que mañana, será otro día.

---